

con ingeniosas conjeturas. Leído de por sí el ingenioso Freret agrada y llega á hacer plausibles sus sutiles razones; pero cuánto no se debilita su autoridad al ver en las Cartas de Mailla los groseros errores á que le han inducido las noticias que le remitieron de la China, y que son fundamento de sus discursos? La historia romana, la francesa, y qualquier otra hasta la misma Historia sagrada deberían perder toda autoridad, si semejantes razones bastasen para hacer vacilar la historia chinesca. No es menos ingenioso y erudito Guignes queriendo transferir del Africa como una colonia egypciaca todo el imperio chino, y atribuir á Egypto los hechos referidos en la antigua historia de la China. Pero sin entrar en las muchas razones de Amyot, de Bailly y de otros modernos, que se oponen á las conjeturas de Guignes, basta solo, como reflexiona Deshauterayes (a), cotejar en el Egypto la geografia de la China propuesta en el Yu-Kong, para ver que no pueden de mo-

(a) Observ. sur la Trad. du P. Mailla.

do alguno referirse á Egypto los antiguos análisis chinos. Esta misma observacion podrá bastar igualmente para confutar á otros, que pretenden aplicar á otras regiones antes que á la China las historias chinescas de la mas remota antigüedad. *Investigaciones filosóficas sobre los Egypcios y sobre los Chinos* de Paw no merecen la atencion de quien, habiéndolas leído, las encuentra tan mal fundadas en la verdad de los hechos, y en la cita de los autores, que parece que él mismo haya compuesto los libros que cita, y no que haya leído en ellos lo que dicen los autores. Pero volviendo á los historiadores chinos, y entrando á examinar su mérito, veremos que sus pesquisas para encontrar la verdad, que es la parte mas esencial de la historia, logran las mayores alabanzas de todos los críticos; pero su eloqüencia histórica no puede igualmente adquirirse la aprobacion de los Europeos; pues aunque algunos de aquellos historiadores son alabados como particularmente eloqüentes, todos sin embargo son considerados de los Europeos, que pueden juzgar en la materia, como de un gusto muy diverso del

nuestro, para que puedan comunicarnos aquel interés que desean encontrar en las historias. Los discursos sobradamente familiares y desmenuzados, las largas conjeturas, las narraciones demasiado multiplicadas, y algunas particularidades sobradamente extensas, hacen que á los ojos de los europeos aparezca algo debil el estilo de las historias chinas, por mas que los escritores quieran á veces introducir en ellas un fuego y calor que podrá parecernos excesivo. Pero dexando la historia china, que no ha tenido influxo alguno en los progresos de la nuestra, entraremos á hablar de la historia de los Griegos, á quienes podemos considerar como padres y maestros, tanto de esta, como de todas las otras partes de nuestra literatura.

Griega. El primer griego que mereció el nombre de historiador fue, segun el testimonio de Estrabon (a) y de Plinio (b), Cadmo de Mileto, el qual escribió la historia de la Jonia en quatro libros, y dió á luz la primera historia que conocieron los

para ver los nombres Griega.
 (a) Lib. I. (b) Lib. VII, c. LVI.

Griegos escrita con arte y con método. Josepho Hebreo (a) solo junta con Cadmo á Acusilao; pero Dionisio de Halicarnaso (b) nombra algunos otros, como Eugeon, Dejeon, Eudemo, Demogles, Hecateo, Acusilao, Caron Lamsac, y otros, que se cree que vivieron poco antes de la guerra del Peloponeso, y llegaron á los tiempos de Tucídides, como Helanico, Demastes, y algunos otros. Pero estos, dice el mismo Dionisio, que escribiendo algunos las historias griegas, y otros las extrangeras y bárbaras no pensaron en unirlas entre sí, y formar un cuerpo de historia: eran como otros tantos antiqüarios, que solo se proponian por objeto el recoger é ilustrar las inscripciones antiguas, las actas, los títulos y los monumentos que las ciudades y las naciones guardaban en los lugares sagrados y en los profanos, y transmitirlos fielmente á noticia de todos. Su estilo era generalmente, como dice el mismo Dionisio, no estudiado; ni trabajado con arte, sino clara-

(a) Contr. App. I. (b) Thucid. his.

claro, usual, puro, breve y acomodado á la naturaleza de las cosas que trataban; y este es el juicio que Dionisio formó generalmente de los mas antiguos historiadores griegos. De todos estos escritores sabidos recoger alguna particular noticia la tradición diligente. *Herodoto* y *Pausanias* singularmente de Hecateo han hablado tanto los antiguos, que podemos formar alguna mas justa idea de su mérito. Demetrio (b) para hacer ver que tan caudado y desunido fuese el estilo de los escritores antiguos, trae en prueba un fragmento de Hecateo. Hermógenes (c) forma con bastante extension el carácter de Hecateo, y lo presenta como muy inferior á Herodoto, á quien por otra parte suministró no poco auxilio para componer sus celebradas historias. Que no fuese vulgar el mérito de Hecateo lo manifiesta suficientemente el particular aprecio en que estaba entre los antiguos, puesto que estos, según el testimonio de Hermógenes, no se proponían estudiar é imitarle, ni á Teopompo,

(a) *De hist. græc.* lib. I, cap. I, et II.
 (b) *De eloc.* (c) *De form. or.* I, II.

po, ni á Eforo, ni á Elánico, ni á Filisto, ni á otros semejantes, pero sí á Hecateo, juntamente con Herodoto, Tucídides y Xenofonte. Se vio en la Academia de las inscripciones y buenas letras hablar largamente de Hecateo (a), de Archiloco (b), de Ceion Lamsaceno (c), y de otros historiadores antiguos; pero nosotros, remitiendo á este, y á otros doctos modernos á los lectores que deseen mas noticias de tales historiadores, pondremos la atención en Herodoto, como el primero de quien nos quedan escritos históricos. Herodoto se ve honrado por Ciceron con el glorioso título de padre de la historia, porque aunque no pocos escritores se dedicaron antes que él á ilustrar materias históricas, sin embargo él fue el primero que se mereció la memoria y el estudio de la docta posteridad: él elevó, á mas alto grado la materia de la historia abrazando los sucesos de Europa y de Asia, como dice Dionisio de Halicarnaso (d), y les acar-

(a) Tom. IX. (b) XIV. (c) XXI.
 (d) *De Thuc. hist.*

reó ornamento y nobleza, juntando en su oracion las prendas del estilo menospreciadas hasta entonces de los otros escritores. ¿Qué noble atrevimiento no se requiera para emprender investigaciones tan difíciles y costosas sobre hechos antiguos, y sobre gentes remotas? El exámina por espacio de algunos siglos el Egipto, la Persia, y tambien la India, la Arabia, la Scitia, y casi todo el mundo, y lo describe todo con la mayor diligencia entonces posible. Y no sé por qué se han de lamentar tanto de la falta de veracidad de Herodoto, y acusar tan severamente de absurdas mentiras sus sinceras narraciones. Hay en realidad muchas fábulas en los escritos de Herodoto; pero ni son tantas como se quiere comunmente, ni en estas mismas se puede con razon acusar la veracidad del historiador Herodoto. ¿Quántos hechos, que los críticos despreciaban antes como fabulosos, han sido despues reconocidos por Dupuy, por Caylus, y por otros modernos como harto conformes á la verdad? ¿Quánta coherencia

LXX (a) C. XIX (b) XI. Tom. IX. no

(a) *Acc. des inscr. &c.*, tom. LXXVI.

no ha encontrado Anquetil (a) en los hechos, y en la cronología de la historia de Herodoto con las de los Orientales? Quanto mas se aumentan las luces de la historia, y mas conocimientos se adquieren de la remota antigüedad, tanto mas verisimiles se encuentran las narraciones de Herodoto, y mayor crédito adquieren sus elegantes historias. Herodoto y Plinio van ganando de día en día mayor autoridad entre los doctos: sus obras aman la luz, y no temen, antes desean las diligentes investigaciones de los críticos: el atento estudio de la naturaleza ha hecho reconocer por incontrastables verdades muchas cosas que eran antes tenidas por ficciones de Plinio: las luces de la fisica, de la geografia y de la historia descubren la verdad de muchas narraciones de Herodoto, desechadas antes como fabulosas. Y si con todo se leen muchas fábulas en su historia, no por esto podrá acusarsele como infame mentiroso, sino que deberá obtener de los sabios críticos toda

Tom. VI.

D

in-

(a) *Ibid.* Tom. LXXVIII.

indulgencia. Herodoto y los otros historiadores que le precedieron, no teniendo seguros monumentos que consultar, y debiendo sujetarse á las tradiciones de las ciudades de que escribian, se veían obligados de la necesidad como juiciosamente reflexiona Dionisio de Halicarnaso (a), á mezclar en sus historias no pocas fabulas. Pero en esto mismo, ¿quántas alabanzas no merece la diligente crítica de Herodoto? ¿y qué mas podia hacer para buscar la verdad? Antes bien creo que con razon pueda Herodoto llamarse el padre de la crítica, como se llama comunmente el padre de la historia. El pasó con laudable ardor á Tebas, á Eliopoli y á otras muchas ciudades y provincias, solo con el fin de investigar mejor la verdad: él con infatigables pesquisas recogió, no solo de los Griegos, sino tambien de los Persas, de los Tirios, de los Fenicios, y de otros las mas recónditas tradiciones: él no satisfaciendose con qualquier testimonio, combinaba los dichos de los sacer-

(a) De *Luc. hist.* XXI. *mot. bidl.* (1)

dotes de Menfis con los de los Tebanos, y de los Eliopolitanos (a), las memorias de los Persas con las de los Fenicios (b), las historias griegas con las tradiciones egypciacas, las cosas que oía y que leía con aquellas que por sí mismo veía: él cita los autores de los hechos que refiere, y no siempre los sigue ciegamente (c): él desprecia muchas relaciones por falsas é increíbles: él distingue las cosas que ha oido á otros de las que ha visto por sí mismo; él en suma se vale de todas las precauciones que en tiempos tan tenebrosos podia exigir una prudente crítica. Por lo qual es mas acreedor Herodoto á la sabia indulgencia, que usa con todos los historiadores antiguos el crítico Halicarnaseo, que á las severas reprehensiones que le dan los críticos modernos. Mucho menos podremos convenir con Plutarco en acusar al candido Herodoto de negra malignidad. ¿Qué interes tenia él en que lo fuese una gran muger, ó una hembra liviana é impúdica, que se dexó engañar

(a) Lib. II. (b) I. (c) I. et al. XXX

de un marinero, para que fingiese haber oído á los Fenicios lo que jamás le habian dicho? Y por qué no podía creer Herodoto sin malicia alguna que Helena hubiese sido robada sin otra violencia que de su amor? Es creíble que Herodoto, recitando sus historias en los certámenes públicos á toda la Grecia, quisiese fingir en los Griegos delitos falsos, para excusar á los aborrecidos bárbaros? Camerario en la prefacion á Herodoto le defiende brevemente de algunas acusaciones de Plutarco, y posteriormente el Abate Geinoz en la Academia de las inscripciones y buenas letras (a) ha hecho con mas empeño y vigor una completa y victoriosa apología del candidísimo Herodoto; pero yo creo que para una poderosa defensa de este no se necesite mas que leer el opusculo mismo de Plutarco, y pesar la debilidad de sus acusaciones; esto solo bastará para desvanecer desde luego toda sospecha de malignidad en Herodoto, y des-

(a) *Acad. des Insc. &c.*, Tom. XXX, XXXVI, & XXXVIII.

cubrir al contrario en el acusador Plutarco una excesiva preocupacion del amor patrio, que le hace buscar en el acusado historiador las malvadas intenciones que no se descubren en sus escritos. Mas conformes están todos en recomendar con los mayores elogios la dulzura, la fluidez, el calor, y la perspicuidad del estilo de Herodoto, el qual se distingue particularmente por su elegante sencillez, y por juntar á un amable descuido y negligencia la gracia y gallardía de los más estudiados adornos. Las dotes del estilo y de la eloqüencia histórica de Herodoto hacen que sea mirado de los críticos como el príncipe en su género, y lo elevan á la gloria del primado de la eloqüencia en compañía de Homero, de Platon, y de Demostenes. Y particularmente por lo que mira á Homero han hecho el Abate Geinoz (a) y Rochefort (b) algunos parangones entre él y Herodoto, tanto por el

(a) Troisieme Memoire de l'Acad. des Insc. tom. XXXVIII ed. in 12. (b) Ibid., tom. XXXIX ed. in 4.

el orden, como por la moralidad, por el estilo, y por otras prendas de excelente escritor.

Pero con todo si quisieramos tomar el nombre de historia con el rigor de la crítica moderna, no podriamos plenamente aplicarlo á los libros de Herodoto, y deberiamos mirar como el primero que sea verdaderamente historiador á Tucídides.

Tucídides.

Herodoto, siguiendo las huellas de los historiadores antiguos, recogió varias noticias, las examinó con mas crítica que los otros, las expuso con mejor orden, y las adornó con mas culto estilo; pero sobrado atento á formar una obra que deleytase é instruyese al pueblo con varias y agradables narraciones, no llegó á darnos una severa y rigurosa historia. Tucídides fue el primero, que abandonando las tradiciones populares, y las narraciones fabulosas, atendió solo á la verdad histórica, y dexando las antiguas y remotas fábulas, se dedicó á referir una famosa guerra en que él intervino, y á exponer con orden, y con crítica exactitud los verdaderos hechos en que el mismo tuvo parte, y que examinó en las mas diligentes investiga-

cio-

ciones. El mismo Tucídides nos pone delante al principio de su obra, la diversidad de su historia á todas las precedentes, y la diligencia y cuidado que habia puesto para encontrar la pura y sincera verdad. No contento con referir sencillamente los sucesos, entra en las causas, penetra las internas negociaciones, y desplega como docto y político historiador toda la trama y la grandiosa tela de aquel célebre acontecimiento; y la historia de una sola guerra de este modo descripta, es para un juicioso lector harto mas útil é instructiva, que tantas historias generales que presentan compendiosamente mil cosas diversas, sin desenvolver ninguna con la debida madurez. Tucídides introduxo ademas en la historia las oraciones, que despues fueron abrazadas con mucho aplauso, no solo por los Griegos, sino por los Romanos, y tambien por muchos modernos. Es cierto que Herodoto habia ya hecho arengar alguna vez á sus héroes; pero qué tienen que ver los cortos y sencillos razonamientos de Herodoto, con los largos y oratorios discursos de Tucídides? Los críticos modernos en-

encuentran mucho que decir contra los razonamientos introducidos por los historiadores antiguos; pero otros al contrario los defienden ingeniosamente, como después de Vossio (a) y algunos otros, lo ha hecho recientemente Mably en su tratado del modo de escribir la historia (b). Nosotros, sin entrar en esta disputa general, y tratando particularmente de las oraciones de Tucídides, vemos, que aunque reprehendidas por su coetáneo Cratipo, como inútiles para las materias tratadas, y como molestas á los lectores, fueron sin embargo muy seguidas de los historiadores célebres, y muy estudiadas de los buenos oradores. Dionisio Halicarnaseo encuentra en él reprehensible la disposición de las narraciones, por no guardar un orden seguido según los lugares de los acontecimientos, ni una oportuna distribución de los tiempos. Marcelino (c) dice, que Tucídides imitó á Homero en la disposición y en el orden de la obra, y á Píndaro en la grandiosidad y sublimidad del

es-

(a) *Ar. hist. c. XX &c.* (b) Pág. 142. &c.
(c) *De Tucíd. vit. gen. dic.*

estilo; y añade, lo que de ningún modo me parece digno de alabanza, que quiso apostar hablar obscuro para no ser obvio y fácil á todos, y de menos valer dexándose entender de la muchedumbre; sino hacerse admirar de todos, siendo únicamente expuesto á inteligencia, y al gusto de los doctos. Ciertamente no necesitaba Tucídides de este artificio para obtener los tributos de veneración y respeto de los doctos y del pueblo: la copia, solidez, brevedad y agudeza de las sentencias, la sublimidad y energía de las expresiones, la vehemencia y fuerza del estilo, han hecho á Tucídides el maestro de los oradores griegos y romanos, y le han adquirido el principado en la historia juntamente con Herodoto. Los antiguos han hablado mucho de Tucídides, dando los mayores elogios á la eloquencia de su historia: Marcelino (a) manifiesta igualmente sus defectos; y mas que todos Dionisio Halicarnaseo en varias de sus obras (b)

Tom. VI. E nos

(a) *Ibid.* (b) *Ep. ad Gr. Pomp. &c. De Thuc. hist. ind. et alibi.*

nos presenta en todos los aspectos á este príncipe de los historiadores; y aunque lo recomienda con muchas alabanzas, hace sin embargo una censura de él, que tal vez podrá parecer sobrado severa. Yo veno como es debido el juicio del mas sutil y mas sensato crítico de toda la antigüedad; pero temo que en esta parte se haya dexado llevar del amor de la patria, deprimiendo excesivamente á Tucídides, para hacer camppear mas y mas las prendas de su Halicarnaseo Herodoto. Me parece muy digna de atencion la observacion de Enrique Estefano (a), en que hace ver que el mismo Dionisio imitó con frecuencia á Tucídides cabalmente en aquellas cosas en que le habia reprehendido. En quanto aprecio y veneracion estuviese Tucídides entre los antiguos, lo hacen ver los muchos, tanto Griegos como Latinos, que quisieron estudiarlo con el mayor empeño. Demostenes y Ciceron, príncipes de la oratoria, reconocen á Tu-

(a) *Oper. in Dion. Hal. cap. XVI. De Dion. imit. Thucyd.*

cidides por maestro de su eloqüencia: la imitacion de éste hizo que al historiador Filisto se le diese el nombre de pequeño Tucídides (a), y al padre de la historia romana Salustio el de Tucídides latino. El estudio y la imitacion de Tucídides se hizo de moda, y formó escuela de oradores de historiadores, que abusaron de su respetable exemplo. Ciceron se lamenta de una secta nacida en Roma de oradores secos y obscuros, que sin imitar la gravedad de las palabras y de las sentencias de Tucídides, y solo por tomar de él el modo de hablar truncado, cortado y sentencioso se creían ya tucidistas, y bastante eloqüentes (b), quando no eran mas que charlatanes ignorantes. Entre los Griegos se dedicaron muchos, tanto oradores como historiadores, á imitar á Tucídides, como insinúa Dionisio (c); y particularmente de los historiadores posteriores se burla Luciano (d), tratandolos de estultos

(a) Tull. ep. XII, lib. II et al.

(b) Orat. IX. (c) *De Thucyd.* (d) *Quom. scrib. sit. hist.*

tos é ineptos en seguir é imitar á Tucídides en lo que menos convenia á su propósito. Los legicones, las colecciones de palabras, las artes retóricas, los comentarios, las mismas críticas, y tantas obras compuestas acerca de Tucídides por Evagoras Lindio, por Junio Vestino, por Sabino, por Didimo, por el tantas veces citado Dionisio, y por otros muchos, todo prueba el gran crédito en que Tucídides estaba entre los antiguos, y el particular influxo que en la literatura antigua tuvo aquel príncipe de la historia.

Xenofonte.

Diverso camino del de Tucídides y Herodoto siguió Xenofonte, y este puede con razón ser considerado, aun despues de aquellos, como escritor original en la historia. Soldado y comandante como Tucídides escribió tambien la historia de una guerra en que habia intervenido; y escribió además una historia de las cosas griegas, que puede tenerse por una continuacion de la de Tucídides. Pero la obra mas famosa de Xenofonte es la descripcion de la educacion y de la vida de Ciro; esto es, su celebrada *Ciropedia*. Los críticos todavia no están acordes en si debe darse el nombre

nombre de historia ó de romance á la *Ciropedia* de Xenofonte. Ya en tiempo de Ciceron se creía que el objeto del autor no tanto hubiese sido presentarnos la historia de un príncipe, qual habia sido en realidad, quanto describirlo qual debia haber sido; y esta opinion es aun casi universal en nuestros dias. Pero sin embargo vemos que muchos de los críticos mas severos emplean sus eruditas fatigas en defensa de Xenofonte; Freret hace ver la verdad de toda la historia, y singularmente de la parte geográfica, que por lo regular parece tan absurda (a); y Banier generalmente encuentra toda la historia de Ciro descrita por Xenofonte mas conforme á la Sagrada Escritura, á la buena razon, y á la verdad, que las narraciones de Herodoto y de los otros historiadores (b). ¿Pero por qué no podremos conciliar las dos opiniones diversas sobre la *Ciropedia*, y, sin entrar en el exámen de la verdad de todos los hechos, decir que queriendo Xenofonte formar un príncipe per-

(a) *Acad. des inscrip.* tom. VI. (b) *Ibid.*